

W.M.
ENRIQUE PATIÑO (Hijo)

TENIENTE DE INFANTERÍA

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA ANTE LA TUMBA

DEL

GENERAL D. MANUEL CARABALLO



BIBLIOTECA NACIONAL

DONACIÓN MELIÁN LAFINUR

MONTEVIDEO

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427

1898

ENRIQUE PATINO (Hijo)

TENIENTE DE INFANTERÍA

Oración Fúnebre

PRONUNCIADA ANTE LA TUMBA

DEL

GENERAL D. MANUEL CARABALLO



81.442
52.532

MONTEVIDEO

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427

1898

PRACIÒN FUNEBRE

D O S P A L A B R A S

Esta oracion, improvisada al borde de la tumba del General Caraballo, al ver con dolor que nadie despedia al viejo guerrero, es una página arrancada al sentimiento. Rehecha pocas horas después á pedido de los hijos del soldado extinto--quede ahí estampada hasta con sus incorrecciones.

SEÑORES:

Vengo en mi calidad de soldado jóven á arrojar la primera palada de tierra sobre la tumba del soldado viejo y á formular con acento dolorido el adios solemne de las supremas despedidas.

Este féretro—señores—encierra los restos de un soldado ciudadano que simbolizaba en vida nuestras glorias de seis décadas de historia, de una reliquia sagrada de los tiempos heróicos, cuando la nacionallidad altiva de los orientales se consagraba á filo de sable elaborándose entre el fragor de homéricos combates, por el esfuerzo poderoso de los centauros sedientos de libertad y al son del eco broncineo de los clarines guerreros, cuyos toques variaban de las tremanentes notas del ataque á las torrentosas notas de las dianas de victoria.

El general Caraballo perteneció á la falange de los grandes. El presenció Ituzaingó en los albores de la era de redención y la puesta del sol del dia esplendoroso de Cagancha, donde á través del humo denso de los cañonazos vió las cargas arrasadoras de Angel Nuñez el Murat de la jornada; presenció Arroyo Grande con sus tristezas infinitas en dia de luto para el pabellón celeste y blanco; fué soldado estóico en San Antonio y la Defensa, el gran monumento histó-

rico del valor oriental simbolizado en el pedestal de granito donde se hiergue serena la estatua de Joaquin Suárez, y á la sombra de la triunfadora bandera de la República solo no asistió á la epopeya del Paraguay—la epopeya de los esterales—la de Yatay radiante, la de Tuyutí rojo de sangre entre los fangales del Estero Bellaco, la de Boquerón engran-decido por la caída de un titán entre el resplandor acerado de treinta mil bayonetas--en la que se hablaba á las ignorantes y heróicas masas paraguayas con la elocuencia destructora de los tarros de metralla y la voz poderosa de la garganta rayada de las piezas de artillería.

Fué un brazo armado al servicio de un pensamiento grande; soldado de origen humilde elevado al aristocrático nivel de sus altos hechos dotado de todas las batalladoras energías de nuestra raza; con todo el temple varonil de los fundadores de la Pátria y todo el valor cívico de los hombres del Partido de la Defensa; corazón forjado al fuego del más alto sentimiento: el amor patrio; alma templada en el crisol ardiente de la lucha armada, parecía, como ha dicho un pensador «forjado en el ánima de un cañón y cincelado con la punta de una espada.»

Su vida dedicada por entero al servicio de ideales sacrosantos, se deslizó agitada entre el silvado

de las balas que demarcaban con sus trayectorias los límites de la República naciente, las dianas solorosas que anunciaban al pueblo la victoria de las armas orientales y los toques de oración, sentidos, melancólicos, profundos, que hablan á lo hondo del alma en las horas de sacrificio y de derrota.

Afiliado desde niño al partido de los ríjidos principios, su acción dentro de él fué decidida y vigorosa. Partidario casi mártir en el dia más sombrío de nuestra historia, presenció Coquimbo y Cañas Vera y luego Corralitos y el terrible Sauce, cuando aun los achaques de la vejez no le impedian como le impidieron luego, cuando de nuevo en lucha los partidos con divisa los orientales nos encontrábamos, frente á frente en Tres Arboles, sangriento pero luminoso aun entre su aureola de bruma; en Arbolito, todavía extremecido por las cargas á lanza y bola; en Cerros Blancos, magestuoso y sombrío; en Aceguá, ardiente entre las frialdades del Invierno y en Tarariras la brillante epopeya postrimera.

SEÑORES:

Los que profesamos la religión de las tumbas, los que vemos en cada antro de la muerte donde reposa un soldado de la idea y del civismo un cátedra eterna de virilidad ciudadana y el punto donde la materia se riude á la ley de la naturaleza y el alma nace á la vida inmortal que palpita en torno del

santuario del patriotismo y en las páginas de oro del libro de la historia, veneraremos esta tumba, en los instantes de recojimiento y meditación por los héroes que han sido, en nombre de la patria agraciada.

La frente veneranda donde irradió el sol de Ituzaingó se ha inclinado para siempre. El soldado de tres generaciones, que sinó murió como el Falucho de la historia abrazado á su bandera, murió en el culto que saben tener por ella los que sentimos en el pecho los latidos ignotos del patriotismo, baja á la fosa respetado por los hombres y por las balas— como se ha dicho ya: «cómo caen los astros en el sudario de su luz envueltos».

* * *

Auras perfumadas, que meceis blandamente el ramaje de los cipreses funerarios en la mansión serena de los muertos, recojed mis palabras y formad con ellas una humilde hoja de laurel para colocar en la corona á ceñirse en la frente del héroe, cuando llegue la hora solemne de su apoteosis:

SOLDADO:

Descansa, que en el bastión de la muerte veía tu último sueño el Dios de las batallas.

HE DICHO.

6.00	1.00
2.50	2.00
3.50	5.50
<hr/>	<hr/>